

se halla en estas palabras dichas al contestar á un antiguo amigo de la izquierda, que le preguntaba por la salud del emperador: «No está bien; su ánimo decae, su energía va desapareciendo, todo le espanta; pero yo le daré una vejez feliz.»

En realidad no fué Ollivier el director de los sucesos, sino el dirigido, según se vió en la cuestión de la revisión constitucional. Se declaró á favor de la revisión total, para la cual obtuvo la aprobación del emperador; pero en el proyecto de la nueva Constitución que redactó, evitó cuidadosamente tocar á las disposiciones reservadas á la consulta del pueblo, que deseaba eludir; mas modificó su modo de ver cuando la comisión del Senado, compuesta de Baroche, Behic, Boudet, Chasseloup-Laubat, Devienne, Drouyn, Magne, Maupás, Rouher, todos ex ministros, y Quintín Bauchart, exigió que la Constitución, tal como se fijara entonces, fuese sometida á un plebiscito. El emperador se declaró decididamente conforme con esta idea, aceptada por todos los ministros, menos Buffet; visto lo cual Ollivier renunció á su anterior propósito y defendió en la Cámara el plebiscito, obteniendo una gran mayoría que le manifestó su confianza.

Las disposiciones nuevas más importantes se referían al Senado, que fué elevado á cuerpo legislativo al lado del emperador y de la Cámara, pero perdió sus atribuciones constituyentes; se elevó el número de sus miembros, reservándose al emperador el nombramiento de presidente, así como la iniciativa exclusiva de las futuras modificaciones de la Constitución y la apelación necesaria al pueblo.

La trascendencia de este último punto era capital, pues daba al emperador la posibilidad de volver, siempre que quisiera, por medio de un nuevo plebiscito, al régimen absoluto autoritario. Hasta aquellas personas que desde el punto de vista de la democracia estaban dispuestas á admitir la legalidad de los plebiscitos, á pesar de que la experiencia demostraba que en ellos siempre disponía el gobierno de las masas, no pudieron conformarse con que la iniciativa del emperador no necesitara la aprobación del Parlamento. Buffet y Daru reclamaron la cooperación de la Cámara, y no habiéndola conseguido, presentaron su dimisión. El ministerio de Negocios extranjeros fué conñado temporalmente á Ollivier, y entregado algunas semanas después al duque de Gramont, embajador en Austria. Segrís se encargó de la Hacienda; y saliendo también del gabinete el marqués de Talhouet, se completó con Mege y Plichón. Entretanto había sido aceptada por unanimidad la nueva Constitución del 20 de abril por el senado-consulta, y un decreto imperial del 23 fijó para el 20 de mayo la votación plebiscitaria, con esta fórmula: «El pueblo francés aprueba las reformas liberales efectuadas por el emperador en la Constitución desde 1860, con la cooperación de los grandes cuerpos del Estado, y aprueba también el senado-consulta del 21 de abril de 1870.» A pesar de la seguridad que podía tener el gobierno de alcanzar una gran mayoría, no omitió Ollivier ningún esfuerzo. A los jueces de paz les hizo saber que deseaba verlos en los comités que en todas partes se for-

maban para preparar el plebiscito. También se informó de la actitud del clero, y si bien solía contestar á la noticia de que algún presidente del tribunal se mostraba tibio, ó hasta hostil, que estaba en su derecho, pedía informes oficiales de la actitud que se observaba. El emperador dirigió una alocución al pueblo, diciendo que su aprobación sería una prueba de su confianza; que tenía que desarmar á la revolución y colocar el orden y la libertad sobre una base duradera para facilitar la transmisión de la corona al príncipe imperial. «Hace diez y ocho años que me disteis casi unánimemente los poderes más latos; venid ahora en igual número que entonces á confirmar la transformación del régimen imperial... Por lo que á mí toca, fiel á mi origen, me identificaré con vuestros pensamientos; vuestra voluntad me vigorizará, y confiando en la Providencia, trabajaré sin cesar en fomentar la prosperidad y la grandeza de Francia.»

Con igual decisión se dirigió el ministerio á todos los empleados, diciéndoles que abstenerse ó votar negativamente sería ayudar á los enemigos de la organización política y nacional, sobre la cual descansaba la grandeza de Francia; que se trataba de asegurar á la patria un porvenir tranquilo, á fin de que así en el trono como en la choza más humilde pudiese el hijo entrar pacíficamente en posesión de la herencia de su padre. Un comité central que tenía sus últimas ramificaciones hasta en los lugares más pequeños y disponía de abundantes recursos pecuniarios, trabajaba en favor del plebiscito auxiliando eficazmente los intereses del gobierno; pero, por otra parte, tampoco estuvieron ociosos los contrarios. El banquero italiano Cernuschi puso á su disposición cien mil francos, y cuando á consecuencia de esto fué expulsado de Francia, dobló la suma. Un manifiesto de la izquierda decía que la aceptación del plebiscito robustecería el régimen personal y sería la abdicación de la soberanía del pueblo; que el que no votara no protestaría contra dieciocho años de opresión, contra Méjico y Sadowa, contra los presupuestos elevadísimos y el gran ejército permanente y contra todo el régimen personal. Discursos exagerados pronunciados en las asambleas populares, en los cuales el socialista Lermina pidió, por ejemplo, que se condenara al emperador á cadena perpetua, redundaron más bien en favor del gobierno que de sus contrarios. Regresó entonces de Inglaterra Beaury; se sospechó que se quería cometer un atentado; se encontraron en su casa cartas de Flourens; á consecuencia de este descubrimiento partió Ledru-Rollin á toda prisa para Londres; se cogió una caja llena de bombas explosivas, y todo esto llenó de temor á muchos y les decidió á votar *sí*. Con razón prevalecía en ambos campos la convicción de que prescindiendo de la importancia y significación directa de la fórmula del plebiscito, su verdadero sentido era éste: ¿Debe seguir el Imperio, ó debe dejar el puesto á la República?

El emperador personalmente mostró en aquellos días la mayor tranquilidad, que formaba extraño contraste con la excitación de Ollivier y de otros

ministros. El 8 de mayo por la noche se acostó temprano, sin manifestar temor alguno. Su confianza quedó al día siguiente perfectamente justificada, porque aunque en París había prevalecido la oposición, pues la votación había dado ciento cincuenta mil papeletas con *no* contra ciento diez mil con *sí*, había conseguido mayoría en Lyon, Marsella, Burdeos, Toulouse, Metz y Nimes, faltando poco para que la consiguiera en Estrasburgo y en otras ciudades. El plebiscito en totalidad dió siete millones de votos favorables contra millón y medio negativos. Comparada esta votación con la del año 1852, resultaban para el emperador unos seiscientos mil votos menos, al paso que la oposición había ganado doble cantidad. Además, en el ejército hubo doscientos ochenta mil votos favorables y cuarenta y seis mil contrarios. Los revolucionarios aprovecharon esta circunstancia para hacer una demostración delante del cuartel del Príncipe Eugenio el 9 de mayo al anochecer; mas esta demostración tuvo mal éxito, porque el regimiento, cuya mitad parece había votado *no*, dispersó á los manifestantes, y lo mismo sucedió en tumultos análogos en las dos noches siguientes. El emperador expresó en una carta dirigida á Canrobert su confianza en el ejército, á pesar de haber corrido voces tan alarmantes respecto de la votación de los soldados; en especial dió las gracias al general Lebrun y á sus tropas por la firmeza que habían mostrado en los citados desórdenes, y personalmente visitó diferentes cuarteles, donde fué recibido con gran entusiasmo. Es muy probable que el emperador considerara aquella votación de la tropa como un síntoma más grave de lo que dió á entender, y parece justificada la suposición de que podía muy fácilmente aumentarse el descontento en el ejército si no le daba ocupación por medio de una guerra, si bien para esta suposición faltan pruebas.

El periódico oficial repetía: «¡El plebiscito es la paz!, ¡la paz!, ¡la paz!» Después de haber presentado el consejo de Estado, el Senado y el cuerpo legislativo al emperador en 21 de mayo el resultado del plebiscito, se volvieron á emprender los trabajos parlamentarios, interrumpidos hasta entonces, y se realizaron todavía algunas reformas liberales. Una de ellas fué anular el derecho que por la ley del 22 de julio tenía el gobierno de elegir los alcaldes fuera de los consejos municipales; al mismo tiempo se rebajó á cinco años la duración de las funciones de los consejos municipales, y se autorizó á los consejos generales y de distrito para elegir sus mesas, formar su reglamento y publicar sus sesiones. La prensa por su parte consiguió que sus delitos fuesen sometidos al jurado. En todos estos asuntos se presentó la situación del ministerio como muy segura, porque siempre que Ollivier lo pidió, la mayoría aceptó su criterio. En la izquierda hubo una división entre exaltados y moderados, encargándose Picard de la jefatura de estos últimos, contando cada grupo aproximadamente diez y ocho miembros. A los moderados costó trabajo resistir al otro grupo exaltado, y diciendo una vez Glais Bizoin que se proponía formar el eslabón de unión entre los diferentes matices de la izquierda y que pensaba tomar su asien-

to al lado de Picard, se le dijo: «Picard es un traidor; no queremos á nadie que se le parezca.» Una carta de los príncipes de Orleans dirigida al presidente de la Cámara excitó algún tanto el interés, porque pedían el levantamiento de su destierro. El marqués de Piré lo propuso á la Cámara, Favre lo apoyó y Grevy lo combatió. Ollivier declaró que el gobierno no tenía que cuidarse de semejante asunto, porque los príncipes no se habían dirigido al emperador, pues de ha-



Ernesto Picard (según fotografía)

berlo hecho habría merecido su solicitud un examen benévolo. La proposición fué rechazada, como lo pidió Ollivier, por una mayoría de ciento cuarenta y tres votos. Cuando el diputado Mony, á principios de junio, interpeló al gobierno con motivo de la construcción de la línea férrea de San Gotardo, se profirieron algunas frases belicosas, pero el duque de Gramont hizo notar que Francia no tenía el derecho ni el deber de intervenir en el asunto. La interpelación dió lugar á algunas expresiones ofensivas para Alemania, y sobre todo á una polémica violenta de periódicos, con la cual probablemente se consiguió el objeto que se esperaba, porque por lo menos se vió que el partido que excitaba á la guerra no daba por perdida su causa, á pesar del cambio ocurrido en el sistema de gobierno. No hay duda de que Ollivier nada tenía que ver con ese partido, y no hay derecho á dudar de su buena fe cuando declaró en 30 de junio en el deba-

te sobre el contingente de 1871, que el gobierno en ningún tiempo había seguido una política de paz más franca que entonces, y que la paz europea nunca había estado menos amenazada. Verdad es que los políticos más ilusos no podían ignorar que ésta no era sino una opinión individual adecuada á las circunstancias del momento, pero que el menor suceso podía transformarla en la opinión contraria; pues desde el año 1867 era tan manifiesto el antagonismo entre Francia y Alemania, que la explosión de la guerra parecía casi una cosa natural. Hasta en Alemania hubo personas que se preguntaron si sería más ventajoso apresurar los sucesos y apelar á las armas antes de que la nueva ley militar de Francia pudiera dar todo su resultado. El conde de Bismarck no participaba de esta opinión, y decía que nadie era tan capaz de penetrar los designios de la Divina Providencia, que pudiese calificar la guerra de inevitable. Al propio tiempo contaba Bismarck con la posibilidad de que ocurriesen cambios en la constitución y en la política de Francia que alejaran el peligro de una ruptura. Deseando también el emperador Napoleón personalmente la paz, pasaron tres años (desde 1867 á 1870) sin que hubiera guerra, pero también sin que se aumentara en este tiempo la confianza en la duración de la paz.

Respecto á política extranjera hemos de decir que no eran ya tan tirantes las relaciones entre Francia é Italia, y que así en París como en Florencia se volvió al principio sentado en el convenio de septiembre, considerándolo simplemente como suspendido, y se pensó en el modo de volverlo á hacer efectivo introduciendo en él las modificaciones que fueran del caso. El lenguaje que usó el emperador fué tan halagüeño, que Menabrea llegó á esperar que podría alcanzar una explicación del *jamás* de Rouher, que equivaliese á la retirada de esta palabra y robusteciera su posición parlamentaria. Esto era más de lo que podía conceder Napoleón. Menabrea, deseoso de halagar al emperador, se empeñó en que la Cámara votara una proposición que desaprobara toda tentativa armada contra Roma, pero fué derrotado por 201 votos contra 199.

Las relaciones de las Tullerías con la corte de Berlín mejoraron después de resuelta la crisis italiana, y Moustier se mostró muy afectuoso con Bismarck en todas las cuestiones relativas al Oriente. Verdad es que el ministro de la Guerra, Niel, adoptó un tono muy belicoso en los debates sobre la ley militar; pero se atribuyó á la necesidad de vencer la antipatía que inspiraba el proyecto. La tranquilidad no duró mucho tiempo, pues se volvió á sentir la mano de Francia en la cuestión del Schleswig septentrional, cuestión que el gobierno francés había tratado ya de explotar en el verano de 1867. En este asunto la política de Bismarck se fundaba decididamente en que Prusia no se había comprometido, fuera de Austria, con ninguna otra potencia á hacer concesiones territoriales; de suerte que ni la misma Dinamarca, y mucho menos Francia, podían exigirle ninguna concesión de esta clase. Bismarck estaba dispuesto á consultar á la población de los distritos septentrionales, por medio de una votación, si prefería

ser dinamarquesa ó alemana, bajo la condición de que Dinamarca diera garantías de que mostraría el mismo respeto á la nacionalidad alemana que á la dinamarquesa en los territorios que debían cedérsele; pero el gobierno de Copenhague no quiso aceptar, porque temió que Alemania se propusiera con esto crear un pretexto continuo para intervenir, y por tanto Bismarck abandonó las negociaciones en julio de 1867. Este fué justamente el tiempo que Napoleón juzgó á propósito para salir á la defensa de Dinamarca y atraerse sus simpatías, mas procediendo con prudencia procuró ocultarse detrás de la Rusia. Gortchakoff había escrito á Bismarck manifestándole su convicción de que Napoleón personalmente tenía las intenciones más pacíficas, si bien le costaba gran trabajo dominar las pasiones de las personas que le rodeaban. Según Gortchakoff, sería un gran auxilio para el emperador francés el arreglo del asunto del Schleswig, y si no lo había suscitado de nuevo en Berlín era por no excitar la delicadeza de Prusia. Por tanto, sería de desear que Bismarck mismo lo arreglara; Rusia se interesaba también en este asunto, pero procuraría evitar toda apariencia de intervención. Preparado así el terreno, promovió de nuevo la cuestión el embajador francés en Berlín Lefévre de Behaine; pero Thile, sustituto interino de Bismarck en ausencia de éste, no quiso entrar en discusión, diciendo que la paz de Praga se había hecho exclusivamente entre Prusia y Austria; y advirtió al embajador de Dinamarca que toda amenaza extranjera tendría por único resultado perjudicar los intereses de Dinamarca. Moustier desistió entonces de su empeño y declaró al gobierno prusiano que sentiría vivamente que Prusia diera un sentido equivocado á sus observaciones y que podía estar convencida de que Francia de ningún modo heriría la delicadeza de un gobierno vecino y amigo. En Berlín se dió poca importancia á estas seguridades, y en efecto, un viaje que hizo pocas semanas después el ministro de Comercio de Francia, Béhic, á Copenhague, dió á comprender que el gobierno francés no había renunciado sino en apariencia á sus propósitos. Las fiestas que con expansión ostentosa celebraron algunos diputados y periodistas franceses en la capital de Dinamarca; el viaje á París del ministro de Marina dinamarqués Raasloff, acompañado de algunos oficiales del ejército, quien apenas regresó á Copenhague volvió otra vez á la capital de Francia en compañía de oficiales de marina, aumentaron la inquietud. Entretanto había llegado á Berlín el príncipe Napoleón para hacer una visita á aquella corte, donde permaneció diez días, y volviendo á poner sobre el tapete las exigencias territoriales francesas y en particular el deseo de apoderarse de Bélgica; pero no encontrando acogida tales pretensiones, las negociaciones entre París y Copenhague no podían ser consideradas sino como amenazas, tanto más cuanto la prensa francesa volvía á desahogar su mal humor en artículos violentos. En un folleto oficioso, al exponer que la situación política, según la expresión de Napoleón, no era ni la paz con su seguridad ni la guerra con sus buenas consecuencias, se afirmaba la necesidad de que concluyera tal situación y se conquistara la paz por medio de la guerra.